

Recordar, compartir, aprender

Madrid

M^a Pilar Santamaría Gómez, 69 años

Andrea Rivera, 19 años

ESTOS OJOS YA NO SON VERDES

“Nunca pensé que al jubilarme también tendría que madrugar y vivir rápidamente”, comentó Pilar ya relatada una dulce historia de su vida. Habiéndola imaginado de mil formas diferentes desde el primer contacto telefónico ninguna acertó con la realidad: muy activa y gesticuladora, simpática y con una pizca de picardía.

A ‘la rubia’, como la llamaban de pequeña porque “era una niña rubia-rubia-rubia y monísima, con gafitas, una cosa muy extraña”, su padre le regaló un viaje una vez hubo terminado el bachillerato. El destino estuvo influido por mamá Pepa, la abuela materna, quien por entonces vivía con la familia y le pedía “Pilar, hija mía, dile que a Sevilla, dile que a Sevilla” y allí se fueron la niña y la abuela días antes de empezar la feria de la ciudad. En el sur, con sus primas, Pilar sufrió la primera transformación física de la vida de toda joven, “me depilaron, me rizaron las pestañas, bueno, me pusieron... me quitaron las gafas... ¡¡hasta los guardias me dejaban paso de lo guapa que estaba!! Fue una gran experiencia, el primer encuentro con chicos y, también, la primera vez que me encontraban guapa”. Claro, porque cuando estaba en Madrid los niños, cuando se enfadaban, la llamaban gafotas.

Una vez concluida la fiesta, el siguiente destino fue Alcalá de Guadaíra. Ahí, una de sus primas le presentó a un amigo, “vamos, riete tú de Brad Pitt, este chico era rubio y alto, cuadrado, panadero y yo, hija mía, esto de que un chico se te quede embobado mirándote, ¿sabes?, pues ¡no! Me acuerdo todavía de su nombre, Rafael Campos Sanabria”. Como el primer amor que experimentaban, ambos paseaban por el Cerro del Águila y padecían “esa cosita que te revuelve así, ¿no?”. Pero, como la vida no es un camino de rosas con música de vals de fondo, Pilar y mamá Pepa recibieron la triste noticia de Madrid de que a uno de sus hermanos, Nicolás, le había dado una punzada en el cerebro. Desde ese momento, y tras el posterior fallecimiento de su padre, ya fue imposible el reencuentro físico de los dos enamorados, aunque mantuvieron un largo interés y cariño a través de las cartas, “me mandó una fotografía suya ¡y unas cartas!...y además unas cartas con muchas faltas de ortografía ¡pero con unos sentimientos!”.

Pilar empezó a trabajar “en una tienda de juguetes inmensa que tenía entrada por Gran Vía y por Silva” donde se empleó por siete años, hasta que conoció al hombre que se convertiría en su marido. “Él pertenecía a una sociedad de pesca y lo conocí en una excursión que hice con un compañero. Era una persona que decía que no se casaba nunca, un tío muy raro, con un sombrero vaquero y unas botas que no se las quitaba. Al día siguiente, en cuanto llego a la tienda me dicen está al teléfono Zapata, Pilar, que quiere hablar con usted y qué quería, ¡quería saber si me esperaba!... cinco años de noviazgo, me casé con él y a los tres años se murió”.

De Rafael, sin embargo, siempre le ha quedado su recuerdo. “Siempre, siempre, he estado pendiente de Rafael y, ¿sabes?, me gustaría volver a Alcalá de Guadaíra y saber si vive, no vive o qué ha pasado con él”.

Pese a todo, la vida sigue, sin detenerse, sin prisas y sin pausas y Pilar, una mujer con una enorme vitalidad, rehizo su vida con Damián. Al principio, eran compañeros de trabajo y luego “ya era compañero-compañero de verdad”. Damián era un hombre casado que vivía con su mujer y con su madre; no obstante, esto no impidió que disfrutaran 20 años de amor viéndose casi a diario “con unas vivencias como niños de 18 años. Conocí el amor con él”, dice. A su marido lo define como “un filósofo”, con Rafael se enamoró por primera vez pero, con Damián, fue con quien conoció “lo que es el amor que puede dar un hombre, pero poquito a



poquito, entregándose a ti para que tú seas feliz. Una locura, una locura”. La vida con Damián fue una vida muy intensa y más cuando ya le diagnosticaron que tenía fibrosis quística. “Cuando ya no pudo trabajar le dieron de baja y se marchó a Villalba y yo, como estaba sola... tú sabes lo que era intentar verlo. Al principio los amigos, los compañeros iban a verlo, luego ya...”. Pero el amor todo lo puede, “yo le quería y él que me quería a mí”, recuerda Pilar, así que salía de trabajar a las tres de la tarde y se dirigía a Villalba. “Se me ponía aquí una cosa en el estómago...no comía ni nada y él, como me conocía, me decía Pili, ¿has comido?”. Ya, un día, Pilar, de ojos verdes, le dice a Damián, que los tenía marrones: “Damián, se te están poniendo los ojos verdes, a lo que él contestaba: pues sólo me falta que mi madre me los vea”.

El tiempo pasa, y la enfermedad no perdona. Poco después Damián se ingresó voluntariamente en La Paz, donde murió. Durante esos días, Pilar recuerda que la madre del hombre que con mimo le decía que no era un crío, le comentaba que su hijo no hacía más que levantarse, ir al servicio, mirarse al espejo y decir “estos ya terminan, ya no los tengo verdes”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Pilar tiene muy claro que uno nunca llega a aprender del todo y que muchas cosas que le gustaría saber no las aprenderá. Únicamente, con la experiencia, cree que se puede aprender a vivir aunque “soy un caso, siempre cometo los mismos errores y repito las mismas cosas”; por eso, de tener que elegir algo, considera que lo más importante es la comunicación con la gente, que te ayuda a estar en contacto con ella y a relacionarte para la vida.